



LOS OJOS ABIERTOS DE ELLA

Raquel Diana

Dedico esta obra a todos los que me ayudaron a no morir.

Personajes:

Ella

Él

Aclaración: las acotaciones están en cursiva. Algunas partes del texto, aunque parezcan acotaciones, no lo son.

Ella– Hay un escenario...Entra una mujer... . La mujer camina. Bajo sus pies hay una cuerda y un paisaje de ciudad. Si pudiera levantar un poco los ojos vería el mar. Pero no puede. Tiene miedo de caminar por una cuerda... . Hay una música... La música es lo que hace que la mujer no se caiga. De tan lejana que suena, no se puede saber de dónde viene, pero la sostiene... Al final de la cuerda hay gente, gente que la mira, gente que no habla... Esperan... La mujer abre los brazos y muy emocionada dice: gracias. No se sabe por qué agradece. Ella no es actriz. Sin embargo, está aquí, en un escenario, con los brazos abiertos diciendo gracias.

Aparece Él.

Él– ¿No tiene miedo de caerse? Tome mi brazo por favor.

Ella– ¿Me habla a mí?

Él– Sí. ¿No tiene miedo?

Ella– No.

Él– ¿No quiere tomar mi brazo?

Ella– Sí. Tengo miedo.

Él– Por qué no toma mi brazo.

Ella– Puedo caminar sola.

Quedan los dos en silencio. Es como si ella estuviera evaluando si realmente puede caminar. Luego caminan muy lentamente, ella apoyada en el brazo de él.

Él– Puede tener confianza.

Ella– Sí, seguro que sí. Pero usted es tan... tan... Tan buen mozo.

Él- (riéndose) ¡Por favor! No ha visto nada.

Ella- Buen mozo es una expresión antigua pero a usted le va muy bien.

Él- Seguramente porque es antigua.

Ella- Me pone nerviosa que usted sea tan buen mozo. ¿Es increíble, no? Con todo esto que pasa ponerme nerviosa con su... con su...

Él- ¿Belleza?

Ella- Usted es muy raro. ¿A qué se dedica?

Él- A cuidarla.

Ella- No digo ahora. En general.

Él- Usted también es muy bella. ¿Nos sentamos?

Ha aparecido un banco de plaza. Se sientan.

Ella- Es increíble todo lo que se ve desde aquí... ¡En esa plaza yo jugaba cuando era chica! Ya casi no hay plazas con pedregullo, pero esta tiene todavía. Me sacaba las piedritas de las rodillas y me quedaba mirando las marcas muy preocupada. Lo mejor era recostarme a las estatuas. Me sentía representando la libertad, el trabajo y cosas por el estilo. En un abrazo nos reconoceríamos... digo las estatuas y yo...

Él- Está hermosísima. Su sonrisa es cautivante.

Ella- Lo que está pasando parece que es muy serio... No me mire así.

Él- ¿No le ayuda?

Ella- Qué.

Él- Que la mire así, como adorándola.

Ella- Alguna vez le hubiera dado mi sueldo entero a un hombre para que me mirara así por cinco minutos. Ahora no sé. Me molesta un poco.

Los dos miran hacia delante. Silencio. Luego ruido de mar.

Ella- En esta ciudad vivimos olvidados del mar. Y él está ahí todos los días. Mire...ese es el muro donde últimamente voy a sentarme. Miro, miro lejos...Hace bien... En estos días veo solo una pared. Pero sé que a pocas cuerdas está el mar con su horizonte.

Él- ¿El mar?

Ella- Sí.

Él- No parece que hubiera un mar. Pero es encantador que usted se lo imagine.

Ella- Tiene razón.

Él- Soñar le hace bien.

Ella— No estoy loca. O en todo caso comparto la locura con todos mis compatriotas. Nosotros tenemos un río marrón con olitas miserables al que llamamos mar. Y siempre está ahí, cerca. Para soñar que nos podemos ir. ¿Ve aquella piedra? Ahí me llevaba mi papá a pescar con una especie de “reel” hecho con una lata vieja. Nunca sacamos nada. ¿No se fijó? Nunca se ve a nadie sacando nada desde la rambla. Hay días en que parece que todo el Uruguay está ahí con su caña y su esperanza. La gente que pasa se para a mirar a uno que tiene la línea tensa, pero cuando la recoge no hay nada, solo la plomada bailando inútil en la punta de la tansa. Sin embargo, invierno y verano, vuelven ahí. Dicen que lo que pasa es que los peces se fueron mar adentro. Siempre antes todo era más fácil. Le doy un consejo: para seguir pensando que es el mar fije la vista en el horizonte y mire el agua de refilón. Así se ve azul... ¿Dónde está?

Él— No se ponga nerviosa.

Ella— ¡Estaba ahí! El pedazo de la rambla que más me gusta.

Él— Ya no se ve.

Ella— El mar, el río...

Ella llora, él la abraza.

Ella— ¡No me toque! Yo no lo conozco... ¡Y no me mire así!

Él— ¿Así cómo?

Ella— ¿Por qué no se va? Me gustaría quedarme sola.

Él— No puedo. Estoy aquí para cuidarla, para hacerme cargo de usted.

Ella— Hacerse cargo de mí, ¿con qué derecho? Yo no le pedí que viniera, no le pedí que me cuidara.

Él— Querida, querida...

Ella— ¡No me hable así!

Él— Está muy bien. Grite, descargue, pégueme si le hace bien. Yo tengo una paciencia infinita. Me gusta mucho ver a una mujer furiosa. Un fuego les tornea las piernas, el vientre se pone vibrante, poderoso, como si pudiera parir en un segundo miles de criaturas para atacar al enemigo, los pechos puntiagudos como las astas de un toro, la boca abierta en un grito más grande que el cuerpo, los ojos enormes, quemantes, ciegos. Me gusta. Hágalo. Póngase furiosa.

Ella grita. Él se abalanza sobre ella como para abrazarla, ella deja de gritar y él desaparece.

Ella— Hay un silencio... El silencio es un mantel del tamaño del mundo que la mujer recoge por las puntas, plegándolo hasta que no es más

que un pañuelo sobre su falda. La mujer aprieta el silencio contra su pecho y piensa. Piensa en su vida. Una vida simple o complicada, en todo caso una vida común, como la de cualquiera. Tener una vida como la de cualquiera ya es bastante, piensa ahora. Piensa también en todas las veces en que odió su vida, y ahora está ahí, en el hueco de su mano, chiquita, entrañable. La mujer besa la vida chiquita en el hueco de su mano, la envuelve en el pañuelo de silencio para que esté abrigada y tenga paz.

Han aparecido una mesa y dos sillas, de salón de baile. Él está sentado. Repentinamente un rumor de gran baile, voces, risas.

Él- Venga, la estaba esperando. Siempre la estoy esperando.

Ella- *(Por encima del ruido)*. ¿A mí?

Él- Desde el principio de los tiempos estoy esperando este encuentro.

Ella- No exagere. No me va a seducir con ese romanticismo trasnochado.

Él- Es la pura verdad.

Ella- ¿Por qué? ¿Por qué me está esperando?

Él- En esto no hay razones.

Ella- Quiero que me lo explique.

Él- No hay nada que explicar.

Ella- Es absurdo que me esté pasando esto.

Él- De todas maneras qué importa. Las explicaciones confortan un rato. Después se gastan, se consumen y hay que salir a buscar otras. Debe ser un trabajo agotador.

Ella- ¿Y usted cómo hace?

Él- Soy más simple: estoy aquí y solo pienso cuándo será el momento en que me dará un beso.

Ella- Nunca.

Él- ¿Ve? Nunca sí que es una palabra absurda. ¿Qué quiere decir nunca?

Ella- Que lo odio. Que no lo voy a besar aunque sea lo último que me quede por hacer en la vida.

Él- *(Se ríe a carcajadas)*. Usted es maravillosa. ¿Bailamos?

Ella- No. Estoy confundida. Además no hay música. Solo ruido de gente, gente, gente...

Suena una música agradable.

Él- Vamos, aflójese un poco, déjese llevar. Venga. Si baila al mismo ritmo que todos, nadie la va a ver. Baile conmigo...por favor.

(Bailan).

Ella- Estuve en miles de bailes, pero nunca pude escuchar la música. Más bien veía los cuerpos, las caras, los gestos...Me movía bien, nunca tuve problemas con el ritmo. A veces me ponía a tararear para no sentirme tan sola entre tanto ajetreo.

Él- Tiene un cuerpo espectacular.

Ella- Tenía.

Él- Tiene.

Ella- (*Ve algo. Es como si reconociera a alguien entre la gente que baila*). Por favor, gire para acá. Ahí está bien. Baile en el lugar, por favor. No quiero que me vea así.

Él- ¿Así cómo?

Ella- Vieja.

Él- Él no la ve. Usted está conmigo.

Ella- Está mirando para este lado. Córrase para acá. Así...¿Lo ve? ¿Qué está haciendo?

Él- Hace quince años que no lo ve. ¿Por qué vendría justo hoy?

Ella- Veinte. Veinte años.

Él- Quince.

Ella- ¿Usted qué sabe?

Él- Olvídese. Baile conmigo. Él es sólo un hombre.

Ella- Con él hubiera podido bailar eternamente.

Él- Eso solo lo puede hacer conmigo.

Ella- ¡Está celoso! Me encanta...Pero no me distraiga...Quédese quieto... Él está igual... (*Esconde el cuerpo detrás de Él*). Y yo con las caderas y las piernas en proceso de expansión.

Él- Una mujer rotunda.

Ella- Una mujer desparramada.

Él- Ya está mejor. Hasta tiene un poquito de humor. ¿Y qué más?

Ella- La cara caída, los ojos tristes, la piel colgando...

Él- Es muy excitante.

Ella- Él tiene el mismo modo de mirarme, el mismo abrazo, la misma forma de acariciarme después de hacer el amor.

Él- Él se volvió gordo, pelado y mezquino.

Ella- Él me quiere todavía, estoy segura. Se cansó de dar vueltas y me viene a buscar. Nos estamos encontrando de casualidad en un baile. (*Ella aparta a Él y avanza al encuentro de su amor*) Hola... ¡Qué sorpresa...! No, es la primera vez que vengo a este lugar... No, no tengo nada que preguntarte... No hace falta... Tampoco tengo nada que decir... Ahora no puedo acordarme de nada que no sean tus

manos... Yo soy la que te espera, nada más... Si cierro los ojos, me vas a tomar de la cintura y me vas a llevar por fin. (*Cierra los ojos*) Leves, bellos, juntos libres. (Él toma el lugar del amado imaginario, ya no se oye la música. Él le besa la cara). ¿Por qué demoraste tanto...? (*Ella tararea la melodía del principio*) Tu pecho es una pendiente, me dejo caer suavemente, te tengo confianza, amor, mi amor.

Él- Si, confianza, amor. Te tengo aquí y podría quebrarte como una hoja seca con solo cerrar mi mano. Pero prefiero besarte para tener tu aliento, para bailar juntos eternamente.

Ella- Gracias (*Se besan*).

Él- (*Separándose*). No. Así no funciona. (*Ella abre los ojos y grita aterrada*). Usted me tiene que elegir. El amor y la muerte soñados son otra cosa. Usted me tiene que amar a mí, despierta o dormida, pero sin equivocarse. (*Desaparece*).

El salón de baile ya no está, ella está sola en el escenario vacío.

Ella- Rugir de multitudes, la mujer está en un estrado altísimo, hasta perderse en el horizonte, mujeres con el pelo suelto o atado, cubiertas por velos o pañuelos o mantos o tiaras de flores. Lo que va a decir será transmitido en directo para todo el universo, aun para esos poblados donde no hay televisor, ni radio, ni agua que beber ni cosa que comer... He venido a traerles lo que aprendí en un segundo. No sé si será sabiduría, pero pensé que valía la pena detener el segundo por la mitad, para que hubiera tiempo de decir esto: nunca, jamás, cierren los ojos. Hay una trampa a la vuelta de cada cosa, incluso a la vuelta de cada ilusión. No se trata de estar pendiente y estropear el mundo con la sospecha. Al contrario. Se trata de ver donde otros no ven. De inventar el mundo como mejor lo hemos soñado, pero no con los ladrillos de nuestro propio pensamiento, sino con el barro que pisamos. Soñar de ojos abiertos. Muchas lo han hecho desde siempre y las han llamado locas. Son esas que sonrían sin causa aparente, o se entristecen, o cantan cuando nadie las invita. Así como cuando dormimos tenemos un ojo del alma mirando a nuestros hijos, siempre hay que ver. Una vez creí que amaba y estaba muriendo. Otra vez creí que moría y solo estaba amando. No sé cómo serán las cosas pero que no vengan en la debilidad del sueño, ni en la embriaguez, ni en la prepotencia, ni en la seducción tramposa... Aquí la mujer se detiene para dar paso al aplauso de las miles de millones de mujeres que la escuchan. Después deja correr el segundo que había detenido y se detiene a pensar. Tiene que elegir.

Él aparece sentado tras un escritorio, casi policial.

Él- ¿Ya decidió?

Ella- ¿Puedo tomar un vaso de agua?

Él- Todavía no.

Ella- ¿Por qué todavía no? El agua es una cosa muy simple. Por momentos veo pasar a una enfermera. Yo le pido agua pero ella sigue de largo y no me escucha. Después me doy cuenta de que no estoy hablando. Solo pensaba: enfermera, por favor, quiero tomar agua.

Él- ¿Y?

Ella- No creo que tenga nada que decidir.

Él- ¿Cómo? Hace un momento pensaba lo contrario.

Ella- Todo esto es muy absurdo. No tiene ningún sentido, se lo mire por donde se lo mire. Es tan absurdo que podríamos terminar aquí toda esta payasada y decir: hemos pasado un momento diferente, singular, un poco metafísico y ahora: fin y a volver cada uno a sus asuntos.

Él- Estoy teniendo mucha paciencia. Me estoy tomando más tiempo del que usted se merece. *(Ella no contesta)*. Está bien, quizás sea mejor que me vaya. Las cosas suceden como tienen que suceder. Buenas noches.

Ella- ¡No! No se vaya, por favor.

Él- ¿Sí?

Ella- No quiero quedarme sola.

Él- Tiene sus pensamientos, su manía de hablar consigo misma, sus monólogos interiores actuados para el gran escenario de su cabeza.

Ella- No se meta con mi cabeza.

Él- ¿Por qué no decide de una vez?

Ella- Hay muchas cosas que considerar.

Él- ¿En este momento?

Ella- Sí.

Él- *(Con una agresividad que crece con cada pregunta)*. No tiene tiempo y no puede acordarse de cada cosa.

Ella- Sí, puedo.

Él- ¿Puede? Dígame qué fue lo mejor que hizo... *(Ella duda, busca que responder pero nunca puede hacerlo)*. ¿Y lo peor?... ¿Cuál fue la vez en que tuvo más coraje?...¿Cuándo fue cobarde?...¿En qué momento dañó a otros, de cualquier manera, con un golpe, una bala, un chisme, una traición?... ¡Responda!... *(El interrogatorio es cada vez más violento)* ¿Cuándo fue buena, hasta dónde llegó su bondad, qué fue lo que sacrificó?... ¿Cuántas veces fue egoísta? ¿Fue genero-

- sa alguna vez, de verdad?... ¡Responda!
- Ella- No puedo. Usted me presiona.
- Él- ¡No tiene tiempo! Usted dijo que tenía que considerar muchas cosas. Bueno, ¡hágalo!
- Ella- No entiendo lo que está pasando.
- Él- ¿Cree que ha hecho cosas en su vida?... ¿Cosas importantes?...¿Le ha quedado algo por hacer o puede decir que ya está, que ya hizo lo suficiente?... ¿Debía hacer algo?... ¿Debía ser de determinada manera?... ¿Pudo lograrlo?
- Ella- (*Gimiendo*). Cállese, por favor, me duele la cabeza.
- Él- ¡Piense!
- Ella- No puedo.
- Él- Ponga en la balanza, evalúe, compute, procese, el debe y el haber, calcule, valore, decida, dictamine. ¡Piense!
- Ella- ¡No puedo!
- Él- ¿De qué sirvió todo? ¿Para qué tanto trabajo? Dígame. ¡Dígame!
- Ella- Quiero tomar un poco de agua.
- Él- ¡Agua! Es todo lo que se le ocurre: agua. Usted consigue ponerme furioso. No sé por qué la estoy atendiendo tanto. Al fin de cuentas ¡a quién le importan su vida ni su agua!
- Ella- A usted.
- Él- (*Fastidiado*). Está bien, en cierta forma, me interesa. Por eso le estoy pidiendo que venga conmigo.
- Ella- Hay manos, ojos, sonrisas, rezos, gargantas anudadas, rodeándome. Yo lo siento. Pertenecen a gente que me quiere. Cada cual a su manera. Me quieren.
- Él- No estamos hablando de eso. ¡Concéntrese, por favor!
- Ella- ¡No sé lo que quiere de mí! No entiendo lo que está pasando Y sea lo que sea es como si no me estuviera pasando a mí. Transcurre en un escenario y yo estoy en la platea.
- Él- (*Conteniendo la furia*). Piense, decida, y no se equivoque. Es fácil y rápido, un abrir y cerrar de ojos, un tiempo de brisa leve.

(*Desaparece*).

Ella- Se detuvo el ajeteo de las enfermeras. Se abrió un agujero en el aire... La mujer se asoma. Se ve una barranca verde agua, de algodones. Se mete adentro, se suelta el pelo, respira con serenidad un poco de aire, el último poco, y empieza a cerrar los ojos. Los párpados caen muy despacio, tan despacio que entre un milímetro y otro ella puede sentir que está a la distancia de un suspiro de algo muy importante, de algo más grande que ella misma. Está a punto de

deslizarse por la suave barranca, de suspirar y de clausurar los ojos, cuando se da cuenta de que se va a morir.

Aparece Él, radiante, aplaude. Es un espectáculo de café concierto de circo. Ella ha quedado triste, pero por esa extraña fuerza que da aquello de que “el show debe continuar”, participa en la función.

Él– *(Como un presentador)*. ¡Pasen y vean! ¡Pasen y vean, señoras y señores! Hoy se presenta en función exclusiva, la única, la peculiar, la irremplazable. No digo la magnífica, ni la gloriosa, ni nada de eso, porque todos sabemos que no lo es. De lo único que estamos seguros es de que no hay otra igual. Es un ejemplar único, como todos los ejemplares.

Ella– *(Bajo una luz, canta y dice como una diva, como una actriz de café concierto)* Bienvenidos al *show* de mí misma.

Cada cual tiene su momento, su momento de estrella.

Hoy es el mío.

Mírenme, óiganme, tóquenme, siéntanme.

Hoy no hay cáscaras, caparazones ni armaduras.

Es mi momento de brillar.

Mírenme, óiganme, tóquenme, quiéranme.

Si tengo una luz especial, si hay algo en mí que pueda perdurar, ese algo está aquí.

Mírenme, óiganme, tóquenme, quiéranme.

Todos tenemos algo, todos merecemos un lugar en el *show*, hoy me toca a mí, mañana a usted.

Mírenme, óiganme, siéntanme, quiéranme.

Él– *(Como un animador)*. Gracias, querida. Hay justicia: a cada uno le toca su pedacito de gloria. Temprano o tarde.

Él aplaude, Ella saluda y agradece. Luego se acerca a Él un poco amenazante.

Él– Muy bien, querida, continúa la función. Seguidamente, señoras y señores...

Ella– No quiero seguir.

Él– Ya estás aquí. El público espera.

Ella– ¿El público?

Él– Sí, hay que seguir... *(Señalando la platea)*. Por ellos.

Ella– Usted me está engañando desde el principio.

Él– Eso a los espectadores no les interesa. Vayamos al próximo número.

- Ella – (*Decide cambiar de actitud. Actúa como un clown*). Señor, señor, ¿me puede ayudar?
- Él– En este momento yo le estaba hablando al público para presentar el próximo número...
- Ella– Justo, es por eso.
- Él– No me interrumpa, por favor. A continuación...
- Ella– Por eso, por eso. Necesito que me ayude para el próximo número.
- Él– No me interrumpa. Les decía que a continuación vendrán el humor, la comicidad, y la gracia sin par de...
- Ella– No va a poder ser.
- Él– ¿Por qué?
- Ella– Porque para hacer el número necesito que usted haga un papel.
- Él– ¿Yo? Yo puedo hacer cualquier cosa, menos actuar. Nunca me ha tocado, nunca ha sido necesario. No necesito representar nada. Yo puedo ser cualquier cosa. No. Me voy a sentir ridículo.
- Ella– Sólo por esta vez, ¿sí? Vamos, sea amable, qué le cuesta.
- Él– Está bien. ¿Qué tengo que hacer?
- Ella– Tiene que hacer de muerte.
- Él– (*Riéndose*). ¡Ah, bueno!
- Ella– Pero no una muerte cualquiera. Tiene que ser mi muerte.
- Él– No hay problema. Y ¿cómo es la muerte?
- Ella– Parece que es mujer. “La” muerte.
- Él– Ah, no. No voy a andar mariconeando delante del público.
- Ella– No sea prejuicioso y haga el esfuerzo. Parece además que es una mujer muy fea. Vamos, ponga cara de fea. (*Él hace caras*). Bastante bien, por ahí puede ser. También es muy flaca, vieja y encorvada. (*Él trata de hacerlo*). Bien. A ver, un poquito más encorvada... Perfecto. Ahora trate de hablar con el aliento, susurrando, como si le costara... (*Él prueba*). Casi...Tiene que ser una voz que dé frío, que si le habla a alguien en la oreja, lo mata de un infarto sin que el tipo tenga tiempo de verle la cara... (*Él prueba*). ¡Bravo! Podemos empezar. Tranquilo...¡Muerte, muertecita mía! ¿Cómo estás?
- Él– (*Desarrollando el personaje*). ¿Me va a tutear?
- Ella– No, no. Solo al personaje. Me parece que tengo derecho a tutear a mi propia muerte, al fin de cuentas es mía y de nadie más. (*Él trata de protestar pero ella lo detiene*). No se disperse, que se le va a perder el personaje...Vamos de nuevo. ¡Muerte, muertecita mía! ¿Cómo estás?
- Él– (*Actuando*). Vine a buscarte.
- Ella– ¿A mí?... ¿Querés que me vaya contigo?
- Él– Sí.

Ella- ¿A dónde, vieja asquerosa?

Él- No me insultes.

Ella- ¿Por qué no, qué importancia puede tener? (*La escupe*). Andate a la mierda.

Él- (*Limpiándose la escupida*). Así no se puede seguir.

Ella- Ojalá

Él- (*Dejando la actuación, violento*). No te olvides de quién soy.

Ella- (*Enojada*). Y quién te crees que sos, ¿Dios?

Él se queda callado, como dolido. Hay un clima de tensión. Es como su los dos estuvieran pensando cuál de los dos ha ganado la partida. Finalmente es él quien decide hablar.

Él- (*Al público*). Señoras y señores, el próximo número es de un profundo dramatismo. Algo asombroso: la belleza y la fortaleza, la angustia y el coraje, la desesperación y la confianza...Redoble...Con ustedes: ¡Ella!

Ella- La mujer, parada en una pequeña plataforma en el poste más alto del circo, piensa que no es la primera vez que está allí. El trapecio viene hacia ella. Solo tiene que tomarlo con las manos y dejarse llevar por el impulso. Sabe que no tiene tiempo para dudar. Es una sensación conocida. Piensa en las veces que no lo tomó, que lo dejó ir... No se ve quién empuja el trapecio. Simplemente viene y va. Viene y va... En este que viene ahora va ella, usándolo de hamaca, muerta de risa, sacudiendo las piernas chuecas... En este, ella colgada de un brazo, esbelta, con un vestido brillante de estrella de circo... Quiero bajar, estoy cansada... No se puede descansar, siempre hay un trapecio delante que viene y hay que hacer algo... Algunas veces venía un hombre y lo dejaba ir... Una vez me dejé llevar por una mano tendida y una sonrisa generosa y... No me dejes caer, amor, mi amor (*Llora*)... En la tierra tuve a mis hijos. Se me olvidaron los abismos y los vértigos, y nunca me tembló la mano para cuidarlos... Si me tiembla el alma de tanto que los quiero...Ellos tienen ahora su propio asunto con el vuelo y los trapecios. ¡Ah, si hubiera Dios para pedirle que no los deje caer!... La mujer se pone de pie delante de sí misma, levanta la cabeza, se seca las lágrimas y se apronta para caminar sobre una cuerda...Redoble...

Él- Hay un escenario...Entra una mujer... La mujer camina. Bajo sus pies hay una cuerda y un paisaje de ciudad. Si pudiera levantar un